

na de corsés blancos y modestos, corsés de pobre, que Feli había recogido en el taller. Pasaba las horas con el busto inclinado sobre su enorme vientre, en el que descansaban los armazones de lienzo. Hacía las *flores*, los respuntes en forma de triángulo que adornaban los extremos de las ballenas. Era una tarea costosa y mal pagada, como todos los trabajos femeniles.

Isidro se enfadó. ¿Deseaba matarse? Pero la sonrisa de Feli contuvo sus protestas. Señalaba con los ojos aquel cajón de la cómoda donde metía el dinero. Apenas quedaban unas cuantas pesetas de lo que les trajo el tío Manolo. No habían pagado los dos últimos meses de inquilinato al señor Vicente: debían en varias tiendas de la calle, él tendría que renunciar á la peseta que le daba de vez en cuando para tabaco, á los banquetes de *juventud*, á aquellos gastos que consideraba necesarios para *hacerse ver*, para *refrescar* el nombre literario.

Se acercaba la miseria, pero la verdadera, la negra, sin tregua ni misericordia. Feli la adivinaba; abría sus ojazos llenos de misterio, como si la viese corporalmente rondar en torno de ellos. El ser que llevaba en sus entrañas también parecía presentir la proximidad del fantasma. Agitábase cada vez más inquieto, y la madre lloraba pensando en su suerte. La pobreza sería la única hada que le abrazase al surgir al mundo. Si la fortuna no había de apiadarse, prefería que el ser inocente pereciera en su encierro antes que ella lo viese, antes que se sintiera esclavizada por el cariño.

Se entregó al trabajo con valentía femenil, mostrando esa resistencia de que sólo son capaces los seres nerviosos. Maltrana, al despertar,

veía á Feli ante un montón de corsés, cosiendo animosamente. Inclínaba el rostro, enjuto por la debilidad, y seguía la marcha de la aguja con sus ojos profundos y melancólicos, única belleza que aún se mantenía intacta en ella. Isidro, al volver á su casa á altas horas de la noche, tenía que hacer grandes esfuerzos para que se acostase.

—Déjame acabar esta docena—decía sin levantar la cabeza, tenaz en el trabajo, deseosa de no perder un segundo.

Maltrana sentíase avergonzado por este sacrificio. En la calle se acordaba de Feli con remordimiento. Era abominable que él pasease inactivo, mientras la pobre joven vivía trabajando en este ambiente de horno. Sentía la necesidad de acompañarla: creía con su presencia disimular un tanto lo ignominioso de su situación. Al regresar á su casa iba de silla en silla, leyendo, escribiendo, hablando, para disimular su aburrimiento. Algunas veces, falto de libros, pues había vendido todos los suyos que eran de cierto valor, sacaba alguno de la biblioteca del señor Vicente é intentaba reír con las piadosas extravagancias de las vidas de los santos. Pero el tiempo no estaba para risas, y acababa por devolver á su estante los mamotretos apolillados. Otras veces sentía deseos de trabajar, para ponerse al nivel de la animosa compañera. Iba á hacer algo notable: tenía la cabeza repleta de ideas. Sentábase á la mesa, mojaba la pluma en el tintero, se acariciaba la frente: pero á su espalda cantaba la aguja al perforar el lienzo, crujían los corsés al amontonarse, zumbaban las moscas en torno de su cabeza, y el calor pesado y asfixiante cubría su piel de perlas de sudor. Rompía papeles y más papeles, y acababa por dejar la pluma con rabioso movimiento. La



inspiración huía, espantada por el ruido de las telas y la pegajosidad de los insectos. Le era imposible hacer nada, y acababa por pasearse nerviosamente, jurando que era un imbécil; hasta que Feli, molestada por su cólera, le rogaba que volviese á la calle en busca de distracciones.

Isidro, avergonzado de su inacción, se dedicó á acompañarla cuando devolvía el género al taller, ya que no podía hacer otra cosa. La primera vez había dejado que la pobre Feli, arrastrando las piernas, y llevando por delante sus pesadas entrañas, cargase con el fardo para llevarlo cerca de la Puerta del Sol. El era un intectual, con muchos amigos, y aunque la mayoría de éstos se hallasen fuera de Madrid, temía que alguien le viera cargado con un fardo. Era un escrúpulo egoísta, un deseo de guardar su prestigio de grande hombre desgraciado, que se mantiene digno ante la miseria. Pero cuando vió por segunda vez á Feli empaquetar su trabajo soplando de fatiga, resignada, con sonrisa triste, sintió hondo remordimiento.

—Deja eso, nena—murmuró avergonzado.—Yo lo empaquetaré, yo te lo llevaré hasta la puerta de la tienda. Es una canallada permitir que vayas sola.

La pobre aún se resistió á aceptar esta ayuda. El era un señorito, un intelectual, una futura eminencia. ¿Qué dirían sus amigos, aquellos camaradas de café, si le veían en la calle cargado como un mandadero?... Pero Isidro hizo un gesto de indiferencia, á pesar del pavor que le inspiraban estos encuentros. Que hablasen lo que quisieran: deseaba ayudarla, servirla de algo.

Salían cada dos días, luego de cerrada la noche, cargados con aquellos paquetes, por cuyo

trabajo daban á Feli unos cuantos reales. Malfrana seguía la acera pegado á la pared, con cierta vergüenza, ocultando la cara, lanzando oblicuas miradas para reconocer á los transeuntes. La joven, á pesar de la torpeza de sus piernas, esforzábese por seguir su rápido paso, semejante á una fuga. Jadeaba, al trotar, moviendo su vientre con doloroso vaivén.

El regreso era más lento y tranquilo, cuando no se llevaban á casa nuevas remesas de labor. Caminaban cogidos del brazo por las aceras, tibias aún de los ardores del día. Humeaba la población al exhalar en la calma de la noche el fuego con que el sol la había caldeado. La circulación era en las calles menos densa que en el resto del año. Los balcones estaban cerrados; apenas si se veía algún rectángulo de luz en las oscuras fachadas. Agrupábase la gente en las mesillas exteriores de los cafés y horchaterías. Sentábase ante los portales las tertulias en corrillo, obstruyendo las aceras. En muchas ventanas colgaba el botijo rezumando agua. Un hedor de asfalto recalentado y boñiga en fermentación, surgía del suelo de las grandes vías.

Cerca de la casa del señor Vicente, en las estrechas calles de los barrios bajos, el mal olor del verano martirizaba el olfato. La plaza de la Cebada humeaba como un estercolero en putrefacción. De sus sótanos, faltos de aire, surgía la peste de las verduras fermentadas, difundiéndose por toda esta parte de Madrid que olía como una huerta abandonada.

Los dos amantes, en su lento regreso, discutían el empleo del dinero que acababan de cobrar. No bastaba para las más rudimentarias necesidades. Feli percibía cincuenta céntimos por cada do-



cena de corsés. Apenas si trabajando día y noche podía juntar un par de pesetas. Mentalmente ajustaba sus cuentas: tanto en la plazuela, tanto en la tienda: no bastaba este dinero para salir de apuros, y eso que habían suprimido el café y el vino, y no comían más que lo necesario por no perecer de hambre.

Maltrana, oyendo estos lamentos de dueña de casa, pensaba nostálgicamente en el pasado. ¡Qué dulce recuerdo el de los paseos por los desmontes inmediatos al Canalillo, el de los descansos en los merenderos de Amaniel, hablando de amor, pasándose las naranjas de boca á boca, contentos del sol que les metía en el alma la alegría de su luz, gozosos de la noche que les protegía con su sombra, dando á sus caricias un nuevo encanto con la sonoridad de los nocturnos ecos!... Todo había huido para siempre: estaba lejos; tan lejos, como parecía estar aquella Feli de los buenos tiempos, alegre, risueña y rebosante de admiración, de esta otra, afeada por la maternidad, triste por la miseria, y con gesto de desaliento, como si ya no tuviese fe en el porvenir de su hombre y se resignara á llevar la peor parte, cuidándolo como un niño grande, más por conmiseración maternal que por apasionamiento amoroso.

Maltrana ya no pensaba en si la vida era alegre ó triste, negra ó de color de rosa. La vida era sencillamente un aburrimiento, y el helenismo una farsa de los libros. Los atenienses sin dinero, sin esperanzas y con una hembra amada á quien sostener, de seguro que lo habrían visto todo gris, aunque cabrillease el sol de los poetas en las aguas del Pireo, aunque brillasen con divina sonrisa los mármoles del Partenón y las aulétridas se pasaran el día soplando en sus dulces

flautas. La miseria era un endriago de invencible fealdad. No había arte en el mundo que pudiese embellecer su horripilante mascarón.

Una noche, al pasar por la Puerta del Sol, fijáronse los dos en los gritos de los vendedores de periódicos. Pregonaban «la horrible catástrofe» ocurrida aquella mañana, con incalculable número de muertos y heridos.

Isidro había permanecido en casa todo el día, ocupado en escribir unas cuartillas, á diez céntimos, para aquel semanario social que reclamaba su colaboración, con la misma intermitencia con que publicaba sus números. Feli sintióse atraída por el suceso, con esa curiosidad que despierta lo terrorífico en la imaginación femenil.

Compraron el periódico, y Maltrana leyó á la luz de un farol el sumario, en letras grandes, que encabezaba el relato del suceso. Habíase hundido en las primeras horas de la mañana aquel edificio, en el que trabajaba el señor José. Instantáneamente tuvo Maltrana el presentimiento de la desgracia. Antes de leer, estaba seguro de que su padraastro había perecido entre las ruinas de aquella obra escandalosa, inaudita, hasta el punto de trastornar sus ideas de hombre autoritario, y hacerle perder la fe en la perfección del orden social.

Buscó en el papel los nombres de las víctimas. Eran muchos los heridos que agonizaban en los hospitales. Entre los escombros sólo se había recogido un cadáver, el del único obrero muerto instantáneamente, y éste era el señor José. Su nombre y su domicilio estaban indicados con una precisión que no permitía dudas.

Maltrana experimentó una dolorosa sorpresa. Recordó á su madre: pensó en el agradecimiento



que sentía la Isidra, por las bondades de su compañero. ¡Pobre, señor José! Tal vez esperaba la muerte como una liberación, aquella muerte cuya proximidad adivinaba al trabajar en el escandaloso edificio objeto de sus cóleras. Morir, era una solución para aquel hombre sencillo, que se indignaba contra un mundo apartado de los sanos principios, y contra la mala suerte, que convertía en aprendices del crimen á los hijos de los servidores de la ley.

Al día siguiente era el entierro. Todos los albañiles de Madrid proponíanse aprovechar las horas del descanso de mediodía para asistir á él, dándole la significación de una protesta contra las rapiñas de los poderosos.

Isidro quiso también acompañar el cadáver hasta el cementerio. Era todo lo que podía hacer por su padrastro.

A la mañana siguiente, salió por la Puerta de Toledo, poco antes de mediodía. Al llegar al puente, torció á la izquierda, dirigiéndose al depósito de cadáveres, en la orilla del río. Los ardores del sol caldeaban las charcas del Manzanares, llenas de la inmundicia de las alcantarillas que desaguan en él. Un hedor de letrina en ebullición envenenaba la densa atmósfera de verano.

Los alrededores del depósito estaban ocupados por grupos de hombres con blusas blancas, de mujeres con los brazos arremangados, que acababan de salir de los lavaderos.

Todos comentaban la catástrofe con gritos de cólera y maldiciones. Las mujeres eran las más audaces y ruidosas. Miraban hacia Madrid, levantando los brazos con expresión amenazadora.

—¡Ladrones! ¡ladrones!... Matan á los trabaja-

dores, para hacerse ricos... Sólo les importa el negocio, y los pobres que mueran como perros.

Después encarábanse con los hombres que iban llegando, albañiles casi todos, que llevaban pendiente del cuello el saquito de la comida. Los insultaban con groseras palabras. ¡Calzonazos! Se quedarían, después de esto, tranquilos como siempre, esperando que les llegase la hora de perecer en otra catástrofe. ¡Ah, si ellas llevasen pantalones! ¡Si las dejasen intervenir en los asuntos de los hombres!... Otra cosa sería.

Y los albañiles contestaban con un gesto de desaliento. ¿Qué iban á hacer? No tenían armas; estaban cansados de que les pegasen á la menor protesta en la calle.

—¡Armas! ¡armas!—exclamaban irónicamente algunos compañeros de ojos exaltados.—¿Y para qué las queréis? Eso no sirve de nada. ¡Dinamita, me caso con Dios! ¡Bombas de dinamita!

Maltrana entró en el depósito, abriéndose paso en la masa de blusas, y vió el cadáver del señor José sobre una mesa de mármol, dentro de un modesto ataúd que habían costado los del oficio.

Según dijeron al joven, tenía rota la espina dorsal, quebrado su esqueleto por varias partes. La cara mostrábase intacta, contraída por un gesto de inmenso dolor. Isidro sólo pudo ver uno de sus ojos, desmesuradamente abierto, que parecía fijar en él la vidriosa pupila. Creyó leer en este globo mate, de fúnebre vaguedad, el último pensamiento de la víctima, la maldición que pasó como un relámpago por su cerebro al dejar de existir. Indudablemente, había muerto abominando de las veneraciones de toda su vida. Leíase en la contracción de su rostro; había quedado impreso en aquella mueca, que parecía una protesta.



De poder reanimarse el cadáver, de seguro que gritaría algo subversivo contra la sociedad injusta, contra los hombres crueles, pidiendo destrucción y venganza, para tenderse de nuevo en el féretro tras esta póstuma confesión, del engaño de su vida.

Cerca del ataúd hablaban algunos de sus compañeros de trabajo. Ya no le llamarían borrego. Amaba más á los explotadores que á sus camaradas de miseria. La desgracia, siempre ciega, había visto claro esta vez al castigarle por medio de la codicia de aquellos á quienes él defendía. ¡Pobrecillo! De todos modos, era uno de los suyos: una víctima más, por la que había que protestar.

Maltrana dejó de ver al señor José. Los compañeros clavaron la caja, cubriéndola con la bandera roja de la asociación.

El féretro comenzó á romper el oleaje del gentío, llevado en hombros por un grupo de albañiles. Cuando Isidro salió del depósito, siguiendo la roja tela, vió la orilla del río, el puente y la glorieta de Toledo cubiertos de blusas blancas, de sombreros y gorras que se elevaban, dejando las cabezas al descubierto al paso del ataúd.

En la glorieta del puente de Toledo, entre las dos pirámides de piedra que descansan en su pedestal sobre boliches dorados, como dos gigantes mesillas de noche, vió una masa oscura, con puntos brillantes: una fila compacta de hombres negros. Era la policía, cerrando el paso.

El entierro avanzó sin titubear. Las mujeres vociferaban en torno del féretro, iracundas, llorasas, como si el rudo sol del verano mordiese con agresiva demencia sus cabezas despeinadas.

—¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡A Madrid! ¡A arrastrar á los asesinos!...

Otras señalaban el féretro, con trágicos ademanes de plañidera. No conocían al señor José, pero gritaban roncadas de emoción.

—Ahí va la honra del mundo; un trabajador bueno; un hombre de blusa. ¡Pobrecito! ¡Y los que le han matado, guardándose los duros! ¡Comiéndose las buenas tajás!...

La cabeza del cortejo chocó con el obstáculo de la policía. Un capitán habló á los manifestantes. Podían seguir por el paseo de las Acacias, dar la vuelta á Madrid por las rondas, sin molestar á nadie. Estas eran las órdenes que había recibido. Nada de entrar en la población, de atravesar el centro, buscando la calle de Alcalá. Él estaba allí, en el paseo de los Ocho Hilos, para cerrarles el paso y que no ganasen la puerta de Toledo. Todo lo que quisieran, gritos, lloros, aclamaciones, todo, menos desfilar por las calles de Madrid y que la gente del centro presenciase el entierro, con su séquito de jornaleros que pedían venganza.

Sobre la masa de cabezas, se alzó, como contestación, un largo palo, y en su punta un guñapo negro que parecía una mortaja. Era la bandera de cólera y dolor improvisada por un grupo de muchachos.

Las mujeres protestaban, vociferando, de las órdenes de la policía.

—Eso es, debemos marchar por las rondas como los ganados que van de paso... Los pobres, á la cuadra. Por las calles de Madrid, no puen pasar otros entierros que los de los señores que mueren de hartazgo ó malos vicios. Son para los otomóviles y los carruajes con tronco. Nosotros, por la ronda... porque olemos mal... ¡Mueran los ladrones! ¡Que los arrastren! ¡A Madrid! ¡A Madrid!



Y las mujeres eran las primeras en avanzar, en agarrarse á las puntas del féretro, empujando á los portadores para que rompiesen las filas de la fuerza pública.

Retrocedían los polizontes, sin dejar de hacer frente al formidable empujón, al mismo tiempo que, por la fuerza de la costumbre, llevaban la mano al sable y comenzaban á extraerlo de la vaina, antes de que lo mandase el jefe. Muchos de ellos parecían quejarse, con los ojos, de la pérdida de tiempo que suponían los diálogos del capitán con los manifestantes. ¿Qué hacían, que no pegaban? Ellos habían venido para eso.

Isidro no supo cómo se inició el choque. Vió de pronto arremolinarse la gente delante del féretro: sonaron gritos, golpes secos, semejantes á los de la ropa sacudida. Sobre las cabezas del gentío brillaron al sol, como cintas blancas, los pesados asadores esgrimidos de filo.

Se abrió la muchedumbre escapando en distintas direcciones. En un instante, se formó ese vacío trágico que se extiende entre los que huyen y los que pegan, viéndose en el suelo gorras abandonadas y el negro bulto de un hombre caído, intentando incorporarse sobre las manos, con la frente roja.

Las mujeres eran las que menos corrían. Algunas deteníanse con los brazos en jarras, soltando por la boca todas las injurias de su exaltada imaginación.

—¡Cobardes! ¡cabritos!...

Como si conociesen la historia y la familia de cada uno de los guardias, les echaban en cara su envilecimiento. Ellos, allí pegando á los pobres trabajadores, y mientras tanto sus mujeres acudiendo á las citas... Y tras este desahogo, corrían

otra vez, al ver que se acercaban con el sable levantado.

Más aún que los sablazos, irritaron á la manifestación los palos de ciertos hombres sin uniforme, que iban en el entierro, escuchando lo que se hablaba en los grupos, y que, al sonar los primeros golpes, habían enarbolado el vergajo, apaleando en derredor suyo. La muchedumbre bramaba contra los canallas de *la secreta*.

Un grupo de mozuelos, apostados en los solares inmediatos, hacía frente á los acometedores con la arrogancia de la juventud. Eran los valientes que surgen en toda revuelta, los héroes de la calle, que son cantados por la más alta poesía cuando triunfa una revolución, ó van á la cárcel con los rateros cuando intervienen en un motín.

—¡Fusiles!—rugían mirándose unos á otros, como si pudieran proporcionárselos.—¡Ay, si tuviéramos fusiles!...

Y había en su gesto una expresión heroica, la resolución de morir matando, de perseguir á los enemigos hasta el centro de Madrid. A falta de armas, recogían del suelo las piedras, los cascos, los pedazos de lata, los zapatos viejos, arrojando una lluvia de proyectiles sobre la policía. Esta, habituada al impune apaleo de la muchedumbre sin armas, permanecía indecisa, titubeando con cierta inquietud ante un enemigo resuelto, que, no contento con atacar, avanzaba audazmente.

Sonó algo semejante á un chasquido de tralla. El capitán acababa de hacer fuego con su revólver.

—¡Fuego; me caso con la hostia! ¡fuego!

Los polizontes disparaban sus revólvers avanzando con paso de héroes, eligiendo sus blan-



cos en aquellas espaldas que huían por todos lados.

Maltrana pensó en el señor José. Su entierro era digno de las creencias de su vida. Nada faltaba en él: palo á la canalla, fuego á discreción, con gran voluptuosidad de los defensores de la ley que podían escoger sus víctimas impunemente.

El joven no quiso huir: se quedó junto al féretro, presintiendo que allí sería mayor su seguridad. Además, era el único pariente del muerto que iba en el cortejo, y no debía abandonarle.

Los portadores del ataúd, al recibir los primeros golpes, lo dejaron caer al suelo, huyendo veloces. El paño rojo desapareció en la fuga. Otros obreros intentaron apoderarse del féretro y levantarlo, pero fueron repelidos por los sables. Aquella caja negra era una bandera de rebelión en torno de la cual podía organizarse otra vez la revuelta. En los vaivenes de la muchedumbre en fuga, estuvo el ataúd próximo á rodar, soltando sobre el polvo del camino el cadáver que encerraba.

Isidro se sentó sobre la fúnebre caja, temiendo una nueva profanación, y se replegó aturdido y temeroso por el estrépito de los tiros. Un hombre de blusa vino también á sentarse en el féretro, como si éste fuese un lugar de asilo.

Oyó Maltrana un lamento y vió la blusa blanca, manchada de sangre, balancearse y caer al suelo. Después brilló sobre su cabeza el relámpago de un sable, y el joven se encogió aún más para evitar el golpe.

Pero nadie le tocó. Pasaron algunos segundos que le parecieron de interminable duración, sin que su cuerpo sufriese ningún choque. Creyó oír una voz, la de alguno de aquellos fantasmas negros que, sable en mano ó disparando tiros, pasa-

ban ante sus ojos espantados, que todo lo veían envuelto en densa niebla.

—Déjale: ¿no ves que es un señorito?...

Por primera vez, en su vida, se dió cuenta de las ventajas y privilegios de aquel traje, que era para él un uniforme de miseria.

Sufría privaciones; el hambre rondaba en torno de él, señalándolo como uno de sus siervos; pero pertenecía, por su aspecto y sus costumbres, á la raza de los felices. Era un señorito. Estaba por encima de aquellas gentes que conquistaban el pan con más frecuencia que él, pero sentían la caricia del palo apenas intentaban pedir, como añadidura al mendrugo, un poco de justicia y de piedad para su vida.